

# OCCIDENTE Y ORIENTE EN EL ESCENARIO MISIONERO JAPONÉS 1549-1590

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Carmelo Lisón Tolosana\*

El proceso misional europeo es largo, complejo y plural, por mucho tiempo *in fieri*; es, también en más de un sentido, el que virtualmente organiza y define a Europa. Estamos ante una de las estructuras complejas de larga duración evolutiva que ha marcada *ab intra* y *ab extra* a nuestro continente. Los obispos medievales con sus diócesis y los monjes con sus abadías, escuelas y monasterios son los que imponen los principios generales y universales del cristianismo. Este espíritu misional cristiano-cultural hace que ya en el siglo XIII lleguen misioneros europeos a China. La entrada de misioneros en América es otro hecho de civilización radical: predicán desde el principio la unidad del género humano. Pero ¿cómo misionar? ¿qué método seguir? Los siguientes son hitos para analizar *modelos* de predicación progresivos, en evolución empática hacia y con el Otro. Lo narro como experimento cultural.

## I

El sermón del dominico Montesinos en la Navidad de 1511 es un monumental bombazo revolucionario contra los conquistadores, funcionarios y colonos de la incipiente colonización española. Vocea la igualdad de todos, el amor fraterno y la dignidad humana, principios morales pisoteados por los españoles. Teólogos, juristas, escritores, canonistas y las Universidades de Salamanca y Alcalá entran en la palestra abanderando a los dominicos de La Española y Fernando el Católico firma un decreto en Burgos en 1512 diciendo que “los indios son libres” y que “hay que tratarlos como libres”; el método de pre-

---

\* Sesión del día 14 de mayo de 2013

dicación, concuerdan todos, debe ser pacífico y humilde, sin interferencias. Y si esto no se puede lograr recomiendan los dominicos al Emperador que “mande dexar” las Indias porque “mucho mejor es que ellos solos se vayan al infierno, como antes, que no que los nuestros y ellos” —1542—. Las Casas, es conocido, aboga por la evangelización según el modo apostólico; propone penetrar en terreno indígena con solo la cruz y el amor fraterno. Estos hechos han preparado el método: Colón aboga por cristianar “con amor, que no con fuerza”; las Instrucciones de 1501 prescriben hacerlo “sin los hacer fuerza ninguna” y la Cédula de 1509 “sin les facer fuerza alguna”.

Un grupo de dominicos y franciscanos consigue en 1513 un establecimiento en la costa de Las Perlas sin españoles para probar maneras de evangelización pacífica sin armas, solo por la palabra y por el ejemplo. Las citas que no copio, cortan como alfanjes. En la Junta de Coruña de 1520 Las Casas consigue del Cardenal Adriano primero su asentimiento al modo cómo “aquestas gentes infieles habían de ser traídos al cognoscimiento de Dios” y, segundo, consigue del Emperador la Península de Paria para que “prediquen y conviertan a aquellas gentes” sin soldados ni españoles. Hernán Cortés —1524— aboga por lo mismo. Estas iniciativas con confirmadas en la Juntas religiosas de 1532, 1539, en la Unión Santa de 1541 y en 1544 y 1546. y en 1551 una Provisión regia prohíbe que durante los diez primeros años de predicación entre ningún español en pueblos indios. Felipe II recomienda a los misioneros que no sea bruscos derrocando ídolos y reprobando vicios. La fe no va con *armorum strepitu* escribe Domingo de Soto.

En resumen: el decálogo misional ideal y generalizante en Sudamérica definido por la Escuela de Salamanca —cuyas citas omito— tiene como núcleo duro el íntimo y respetuoso contacto interétnico, el encuentro pacífico sin espada ni lanza, a modo apostólico, presidido por la idea de igualdad y fraternidad humanas por ser todos hijos de Dios y, desde luego, siempre que sea posible, sin la presencia de colonos españoles.

## II

El 15 de agosto de 1549 desembarca el navarro Javier en Japón. Se había preparado durante más de un año para aquel encuentro; había recabado noticias sobre aquellas gentes y tierra de comerciantes portugueses que la visitaban desde 1543. Pide al capitán Jorge Alvares que se disponía a partir a tierras niponas que recoja datos informándose del modo de vida e ideas de los japoneses, lo que puntualmente hizo el capitán redactando el primer informe de Japón escrito por un europeo. Javier sopesa cada línea del texto, le pide aclaraciones y dialoga incesantemente con Angiro un japonés recientemente convertido e instruido en Goa. Queda convencido, según una carta que escribe a Roma en 1548, de que se trata de gentes deseosas de saber y de que se rigen por razón.

Entra como nuncio pero rechaza enfáticamente cualquier pensamiento sobre la conquista del Japón; nada más repugnante y ajeno a la condición misionera. No quiere espadas ni espingardas ni coerción institucional ni imposición de costumbres; quiere ganarlos pacíficamente, por convencimiento libre y aquiescencia personal; quiere convencerles por la sola fuerza de la razón. Se adentra en Japón con una pequeña cruz y un libro de devoción en el bolsillo.

Ve, observa, experiencia, pregunta, visita los monasterios —lugares de transcendencia, regiones del espíritu— y descubre a algunos monjes inquiridores como él, deseosos de teologizar. Ve a los samuráis con valores heroicos, dignos, pulcros, corteses y ceremoniosos, que adornan su modo de vida con atractivos rituales y a los daimyos respetables, finos, hábiles razonadores y con manejo sutil de ideas abstractas. Un pueblo así, piensa, no puede ser sino eminentemente racional y comprender los preceptos de la ley natural, ley que une a todos los humanos. Racionalidad y ley natural son el puente lógico entre Oriente y Occidente, las categorías enhebradoras de ellos y nosotros, los paradigmas comunes para cimentar la evangelización en roca firme. La razón, piensa el universitario parisino Javier, es la actividad superior del espíritu y cumbre de lo humano tanto para españoles como para japoneses. El *rationalis* javeriano es diferente al que predomina en América; es conceptual, innovador y se ancla en la común naturaleza humana. En resumen: el primer pilar fundamental que hace posible la comunicación con el mundo japonés culto, razonador, intelectual del daimyo y del samurai es la ley natural, la *philosophia perennis*, el humanismo universal, una moral ecuménica que en sus variantes, dignas de respeto, hace posible el diálogo con el Otro.

Pero hay un segundo fundamento en el razonamiento del navarro; ciertos encontronazos con los bonzos de Acata le hacen ver la prudencia en aceptar otro método, además, de acercamiento al nativo, adecuado a su persona y en consonancia con la elaborada etiqueta propia de los japoneses. En decisión certera y rápida cambió el modo de presentación personal ante autoridades y samuráis y dramatizó ceremonialmente su jerarquía. Vestido de seda a lo nipón y con acompañamiento de lacayos se presentó como embajador ante el daimyo de Yamaguchi, Ouchi Yoshitada, para presentarle sus cartas credenciales otorgadas por el gobernador y el obispo de Goa, precedido todo de un conjunto de selectos regalos. Leemos en una carta de Valignano: “Y como halló por experiencia que el ir tan mal vestido y roto y tratándose con tanto menosprecio no solamente no ayudaba, mas impedía lo que en Japón pretendía hacer..., porque puestos los japoneses en tantas ceremonias y aparatos exteriores, como ellos acostumbran, no tenían conocimiento de humildad..., determinó de se vestir y tratar de otra manera de allí adelante”. La experiencia de vida le dicta que tiene que japonizar.

Este cambio de actitud, esta adaptación al Otro no fue algo pasajero en Javier; no sabemos hasta donde hubiera llegado de haberse quedado en Japón,

pero tenemos al menos un testimonio. En una carta que el jesuita Vilela escribió al general pocos meses después de la muerte del P. Torres leemos: “la tierra en la que más necesario es conformarse con las costumbres de la gente es Japón. Y así decíalo el P. Cosme de Torres, que una de las cosas que le encomendó el P. Maestro Francisco fue esta: no siendo cosa que fuese ofensa del Señor parece que sería de mucho provecho no mudar nada, que después de mudado se ve no ser tanto servicio del Señor de lo que era antes. Esto dice así en el vestir, comer y semejantes cosas que de sí no son nada y mudadas dan materia de escándalo”.

El valenciano Cosme de Torres entró como capellán en la flota de Ruy López de Villalobos que partió en 1542 a explorar el Pacífico. Conoce a Javier en 1547 y entra en la Compañía en Goa al año siguiente. Al partir Javier de Japón camino de China quedó el P. Torres como superior de la cristiandad nipona. Humilde y compasivo, con experiencia de vida y de hombres, pero severo consigo mismo llegó a ser no solo el más antiguo y el “más experimentado en la tierra” nipona. Tenaz y eficaz organizador, a su muerte en 1570 en una “pobre casita de paja” había unos 30.000 cristianos en Japón. Admira a los japoneses porque “son curiosos de saber” y están “regidos por la razón”; los ve cultos, ceremoniosos, artistas y poetas; “parecen hombres criados en un pazo” así son de finos y elegantes. Habla con conocimiento de causa pues conoce el modo de vida japonés mejor que nadie en la Compañía por lo que adiestra en las costumbres locales a los misioneros recién llegados; nadie se adapta como él a la vida japonesa. Es el primero en admitir a un japonés en la orden y no tiene ningún problema, como en España otras órdenes, en aceptar a un cristiano nuevo en sus filas. Torres trasciende culturas y razas.

Para adaptarse, nos dice, hay que conocer primero “la disposición de la tierra”, sabio consejo, pero mientras tanto recomienda conformarse con el Japón suavemente en todo lo que se pueda; come y duerme como bonzo y cuando le recomendaban moderación por sus problemas de estómago respondía “ser necesario así en aquella tierra para no desedificar”. Invita, por protocolo y cortesía requerida al daimyo Sumitada, a un banquete en su casa y lo hace con visión certera, con formas, cortesía, música y condumio, nos dice “a su manera y a la nuestra”. Este ágape a alto nivel es todo un cartón histórico: en el engalanado refectorio jesuita se representa tanto el momento de definición y afirmación de dos culturas como la conjunción y síntesis ideal de las dos. Se come en realidad, por ambos lados, la cultura ajena, es un banquete de ideas. Es más, se entera de las medicinas y ungüentos populares chinos, abre escuelas en las que los niños japoneses conviven con los misioneros, niños que por su temprana edad son pronto bilingües; tienen maestros calígrafos nativos y reproducen las *teragoya* o escuelas de los monasterios budistas; Torres observa a los bonzos en su comportamiento y copia su vestido. Los misioneros andan imitando a los bonzos en la cabeza, barba, vestido y calzado, “en todo el porte de los bonzos” en resumen. Es más: van a oír los ser-

mones de los bonzos “para ver la manera de cómo proceden en sus predicaciones” y “toman lecciones conforme a su gusto y lengua”.

Pronto se dio cuenta Torres de que la adaptación requería algo más y más radical que copiar el vestido, rapado de cabeza etc; era cuestión de actitud vital y de previsión mental. Escribe a Goa en 1551: “los ‘padres’ que han de venir... han de ser padres muy prudentes para saberse acomodar con la gente de esta tierra, lo cual es muy dificultoso”. No puede venir cualquiera, piensa, a tratar con estas gentes diferentes, es mejor que no vengan. Tienen que mentalizarse antes los que deseen formar parte de esta avanzadilla, y además ser hombres de ciencia. “Por dos solas causas [razona en otra carta] hablando humanamente, los japones se pueden dexar de fazer cristianos: o por no venir padres, o viniendo, ser hombres de pocas letras e poco experimentados”. A gente de razón hay que convencer por la razón. Escribe a Laínez: “tenemos necesidad de que V. Paternidad nos provea de algún padre docto y virtuoso... según la tierra lo necesita”. Y a continuación plantea problemas graves sobre matrimonios entre convertidos e infieles en toda la gama de su variedad, sobre privilegios que necesitan para poder absolver en casos especiales, sobre apóstatas que quieren volver al redil etc. asuntos que muestran su constante preocupación por deseuropeizar la evangelización de Japón, problema que aborda en toda su magnitud el visitador Alessandro Valignano, figura renacentista, de familia noble engrandecida por Carlos V, doctor por Padova que llega a Japón con poderes de cuasi general, en 1579. Este proceso adaptador culmina con el nuevo empuje y brío que le imprime este jesuita italiano, jurista, diplomático y visitador general supremo de las misiones orientales.

### III

Llega a Japón en 1579 y se queda hasta el 20 de febrero de 1582. Allí experimenta en su propia persona la dificultad de misionar el País del Sol. Leamos sus propias e impresionantes palabras: *Quale superiore più elevato in grado avevo sempre con me i Padri e i migliori interpreti che potessi trovare. Ciononostante trascorsi interamente il primo anno muto come una statua. Comprendevo soltanto quello che mi era detto dagli altri. Ognuno, come facilmente si comprende, riferiva le cose come le capiva, perchè l'intelligenza di cose così importanti non è data a tutti in misura eguale. Perciò, durante quel primo anno non trovai soluzione alcuna al mio disorientamento. Nel secondo anno, con l'esperienza fatta, cominciai a poter giudicare la situazione con maggiore chiarezza. Ed ora, al terzo anno, sono in grado di comprendere come bisogna guidare il Giappone: poichè ora ho visto e percorso tutto il Paese e ho inteso le varie opinioni* (tomado de *Il Ceremoniale per i missionari del Giappone*)<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Valignano edición de Roma de 1946, pp. 19-20).

Valignano ha viajado, ha preguntado y ha escuchado. Japoneses doctos le sugieren que los misioneros se adapten al modo de vida japonés pues le dicen *che i costumi dei missionari era buoni per il loro paese, ma che, se essi pensavano di convertire il Giappone, dovevano studiare bene la lingua e vivere in modo conforme alla innata cortesia di que popolo. Doveva infatti interpretarsi come segno di poca intelligenza che quattro stranieri<sup>2</sup> pretendessero di indurre i cavalieri giapponesi a rinunciare ai propri costumi e alle forme di gentilezza della propria terra, per adattarsi ai loro. Gli stranieri invece pretendevano di vivere in Giappone secondo i propri usi, ivi definiti come barbari e volgari. Se io fossi riuscito a far cessare questo male, sarei stato (secondo la sua opinione) un angelo inviato da Dio al fine di diffondere nel Giappone la sua Legge santa con onore e rispo* (ib. p. 24). Este texto vale un volumen y plantea con toda rigurosidad el problema antropológico que pretendo insinuar: el encuentro Occidente-Oriente y la problemática de la adaptación personal cultural.

Era necesario cambiar y adaptarse, ésta es la conclusión a la que llego después de varias y prolongadas *Consultas* con misioneros y japoneses. En las *Determinaciones, Resoluciones* y en *Il Ceremoniale*<sup>3</sup> se recoge el modo necesario de proceder en adelante por los misioneros jesuitas en el Japón, esto es, su modo digno, a lo japonés, de actuar, el modo civilizado de comportarse con los nativos (saludos, ceremonias, formas correctas de trato y respeto, regalos, vestimenta apropiada, comida etc.), de otorgar y aceptar honor, de recibir y agasajar a personas importantes siempre según el estilo de la tierra, a lo bonzo, de conocer y adentrarse en la cultura y espíritu local; en una palabra, han de proceder *in tutto secondo gli usi giapponesi* (ib. p.30). Vale la pena apreciar la magnitud del intento.

En este libro, decálogo único en su género, que escribió Valignano en español pero que nos ha llegado en una única copia en portugués, pretende el Superior fijar de una vez y en todo el arco posible, el necesario comportamiento y pensamiento de los jesuitas para adaptarse al Otro. En el primer capítulo se plantea el problema en su cruda ontología: ¿Quiénes somos?, se pregunta y responde: “somos los bonzos de la religión critiana”, respuesta híbrida que vale un volumen. ¿Cómo lo debemos ser? Poniéndonos a la altura de los bonzos, adquiriendo “o ser da dignidade” del bonzo, esto es, su dignidad, gravedad y respeto y esto copiándolos en sus movimientos que van de la cabeza, pasando por la cara, los brazos y las manos a los pies, imitándolos en cómo sentarse, levantarse y cubrirse, en posturas, reverencias, gestos y ademanes,

---

<sup>2</sup> Nótese la carga semántica en esa magnífica contraposición entre extranjeros y caballeros.

<sup>3</sup> Impresionante decálogo de adaptación. Toda esta documentación la tenemos en la Biblioteca de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. El *rationale* de estas líneas no es tanto la aportación etnográfica —lo he hecho en *La fascinación de la diferencia. La adaptación de los jesuitas al Japón de los samuráis, 1549-1592*, Akal, Madrid, 2005— cuanto la glosa inquisitoria y la interpretación en profundidad del argumento metafísico subyacente, impaciente con Europa y su dogma.

expresiones faciales y corporales que describe, en modos de hablar, vestir, comer, beber a goteiro, calzar, viajar —nunca en bestia de carga siempre a caballo, indicando siempre en minuciosidad cada una de estas actuaciones. Un ejemplo muy simple de la dureza de la exigencia: el que haya experimentado un comida sentado a la usanza de la tierra tendrá experiencia personal del sacrificio exigido. Y esto sin contar que le pueden servir pececillos que navegan sencillamente por la sopa.

Quiere el Superior además y más importante, que por este medio senso-corporal los jesuitas imiten los modos de comportamiento de samuráis y daimyos sencillamente porque es el modo de ir de lo visible a lo invisible de la cultura, adentrarse en los enigmas del espíritu revelados en el hacer objetivado de los japoneses, alcanzar, en una palabra, los cánones de pensamiento y lógica endoxal nipona a través de mociones corporales o en palabras de Valignano penetrar en “la cultura animi”, en sus ideas, ideales y valores. Por el cuerpo al espíritu.

Estas resoluciones van mucho más allá, implican mucho más de lo que sugieren las líneas anteriores, pero por el momento baste recordar el fundamento moral que otro jesuita hispano, el P. Acosta que conocía de primera mano el Perú y que estaba al tanto de lo que sucedía en Oriente, propuso en una *Respuesta* en 1589 sobre el problema asiático: *el modo de proceder por condiciones y por universales proposiciones sin poner todo el caso con sus circunstancias como en el hecho se entiende, es modo capcioso y poco acomodado para cosas morales*. Frase lapidaria. Y aquí hemos llegado a lo verdaderamente importante: los jesuitas guiados por su propia doctrina escolástica que adquiere un auge y tono radicalmente moderno en la Europa del siglo XVII bajo la denominación de *posibilismo*, mantienen que las leyes morales pueden variar y de hecho varían con circunstancias concretas diferentes y con el conocimiento y aprecio desde dentro, de lo local. Experimento civilizador nuevo, único en cuanto conozco, logro cultural, sin comparación en intensidad y rigor conceptual. ¿No habrá, se pregunta la Congregación jesuita, *rationes probabiles* en las condiciones de su diferente hacer y pensar? Porque la realidad es, aseguran, que cuando se aprende a comportarse como ellos “mil cosas nuevas” que “al principio parecen muy extrañas” resulta que “después que hombre se acostumbra a ellas parécenle bien”. No condenan ni tratan de destruir —como todavía estaba ocurriendo en partes de América— la creencia, la práctica ritual y filosofía local. Al contrario, paso a paso y aunque al principio tenuemente, promulgan y se esfuerzan en adquirir el sentido de participación en la vida, costumbres y cánones de pensamiento del Otro y comienzan a practicar en su misión evangelizadora, en cierta manera y modo, el principio de verdad parcial, inauguran en teoría y en la práctica algo así como un incipiente relativismo cultural, modelo en su género y único entre las órdenes religiosas misioneras de aquel período.

No exagero. Es realmente sorprendente leer las páginas 40-41 del *Principio y progreso de la religión cristiana en Japón*<sup>4</sup> para apreciar el esfuerzo empático jesuítico por relativizar la estridencia occidental de costumbres japonesas tales como el suicidio, el infanticidio, el aborto, el harakiri etc. al contextualizarlas en el interior de la propia cultura; cobran otro rango y ponderada firmeza cultural. Algo conceptualmente perceptivo, singular e innovador. ¿Quién pensaba así en Europa? ¿Y ahora?

Las *Resoluciones* que unánimemente adopta la flotilla jesuita en sucesivas consultas marcan un *momentum* cultural simplemente único; sus autores se convierten, sin saberlo, en caracteres intemporales, en abanderados de una nueva causa: se obligan a japonizar, tienen que copiar en modo de vida, jerarquía, predicación y comportamiento a los mismísimos bonzos —los “enemigos”—, tienen que aprender, repito, a usar desde la cabeza a los pies como los japoneses, “a hablar, a sentarse, a andar, a comer” y hasta a “toser”<sup>5</sup> en japonés, porque es algo “que no se puede excusar”, porque “no hay cosa que tanto destruye la unión [con los japoneses] como la diferencia entre nuestros hábitos y los de ellos”. Para lograrlo “tienen que amar intrínsecamente a esta tierra”, condición para poder adoptar “su modo de vivir”. Pero los jesuitas se exigen algo más, mucho más: se imponen heroicidad, “deshacerse” de sí mismos y “violentarse”, “cada uno [tiene] que vencer su propia naturaleza”, más todavía “mudar la naturaleza”, “mudar [repiten los textos] totalmente la naturaleza”. ¿Cuándo se ha presentado un diseño conceptual de adaptación al Otro tan radical y exigente?

El arco de ramificaciones que conlleva esta revolución corporeal es tan amplio como inflexible y reformista. La pequeña grey jesuita parte para ello de algo constituyente y estructurante: de la orientación y organización legal peculiar que debe tener la incipiente iglesia nipona. Para llevarla a cabo superior y congregación resuelven que la iglesia oriental “debe [tener] la facultad [de] dispensar sobre todo el derecho positivo, porque esta gente es nueva y en ninguna manera se puede llevar por las leyes y modo de proceder de Europa”. El superior tiene desde luego que informar —no dice pedir permiso— a la Compañía en Roma, a su Santidad y al rey sobre el “tiento y atención [con que] se ha de proceder en fundar esta nueva iglesia, la cual no se puede [insisten] en ninguna manera llevar por las leyes de Europa”; “no se puede gobernar Japón de esa manera”, hay que proceder con “infinitas dispensaciones y privilegios” para que la iglesia nipona tenga el perfume de lo nuevo, no la emanación de Europa. El Superior no tiene duda alguna de que si el General de la Compañía y el Pontífice conocieran realmente Japón pensarían y harían lo mismo; la cultura nipona tiene sus derechos. Oriente frente a Occidente.

---

<sup>4</sup> De 1601, manuscrito en la *British Library*.

<sup>5</sup> Parece que alguno que no aprendió lo pagó con su vida porque cuando los misioneros fueron expulsados poco más tarde y se escondieron en casas de cristianos, fueron descubiertos y martirizados al ser descubiertos por su forma de toser europea.



Este esfuerzo en dar sentido a la cultura y a la historia al inscribirla en la eternidad del dogma cristiano inmutable, esto es, en un proceso temporal, encarnar lo divino e invisible en lo terreno, mudable y visible, dicho de otra manera, esta irrupción de la eternidad en la cultura, este diálogo en comunicación igualitaria con el Otro puede servir de lección en un momento de radicalismos religiosos. Europa puede aprender de sí misma, tiene capital mental para hacerlo. Los jesuitas marcaron un camino a seguir en sus diálogos y consultas con los *literati* japoneses, lo mismo que Ricci y Pantoja —castellano— con los equivalentes chinos. En ambos casos parten *modo antropologico* de la experiencia del Otro personalmente vivida y sentida como modo de acceso directo a la otra cultura, modo de acceso empático, más inmediato e interno que el conocimiento reflexivo y conceptual. Ya lo había incoado Lull con los árabes. En la verdadera comprensión se parte de la capacidad del observador para ponerse en lugar del Otro, para captar lo que el Otro experimenta y dice. El decir del Otro requiere una atenta escucha, esto es, tratar a los informantes japoneses y chinos como sujetos, o sea, con personalidad y carácter propio, no usarlos, en modo alguno, como cosas u objetos. Implica también, dejarles hablar, darles opción a que narren lo suyo específico, en sus propios términos y desde su particular punto de vista, desde su posición mental y morada vital porque son tan razonables y cultos como nosotros. Valignano y los jesuitas en sus *Consultas* parecen tomar a los japoneses con los que dialogan, como fines en sí mismos, aunque claro está, con el cometido último in mente de conocerlos mejor para mejor poderlos captar posteriormente para los valores cristianos. No todo vale de la misma manera.

No obstante, dan el primer paso de carácter antropológico: en el diálogo alcanzan una co-experiencia; comparte problemas, tiempos y espacios con sus informantes. Las respuestas y las preguntas alcanzan a crear una comunidad participante, una cierta unidad orgánica, una polifonía de voces (como la que he citado anteriormente en italiano), voces de informantes-pensantes, autónomos, en acción, portadores de su mundo en sus palabras. Los jesuitas en Japón parecen alcanzar una comunicación de almas independientes; incorporan, por primera vez, al Otro (que más tarde tratarán de convertir) sin cambiarlo, respetándolo, en principio, en su mansión cultural. Los jesuitas japonizan, y al japonizar se mueven ciertamente en el filo de la navaja o, en otras palabras, en una aporía, pero todo esto no obsta a que el experimento —que puede examinarse desde varias vertientes válidas todas en conjunto— sea realmente pionero, único, extraordinario para su tiempo. Y también para el nuestro. Y en todo caso es un indiscutible logro cultural.

